

El manuscrito

ÓSCAR PÉREZ MARTINEZ



Capítulo 1

Te sientas frente a la máquina de escribir, una clásica Olivetti mecánica, línea 95, de las que ya no existen. Prendes un cigarrillo que dejarás consumir lentamente sobre un cenicero repleto de otros que anteriormente llenaron tu habitación de bailantes virutas de humo azulado. Te quedas ensimismado viendo sus erráticas danzas, e imaginas una transitada ribera del río Tamesís, una fría noche de otoño, toda una ciudad está inmersa en esa niebla.

Corre el año 1935, hay una tensa calma en la humanidad ante los cambios que están por venir, Londres está inmersa en un continuo proceso de cambio, mira al futuro con incertidumbre, pero los londinenses intentan divertirse a pesar de todo.

Tom, un joven camarero de un club en el que la música de una banda de jazz de dudosa calidad, ameniza las noches en un barrio popular de la ciudad, está deseoso de acabar su jornada para poder escaparse a ver a su amante. Elisabeth, una mujer joven, generosa en sus formas, con unos ojos enormes de un color claro que son capaces de hipnotizarlo, todo es perfecto para ellos, salvo por un pequeño detalle, Jhon, el estúpido marido de Elisabeth.

Jhon tiene como principal problema su adicción al alcohol y su fea costumbre de apalazar a su mujer de manera constante. Ésta vive ese infierno en silencio hasta que conoce a aquel atractivo camarero que le sirve unas copas a su esposo y le mira descarado a ella, esa noche a parte de ver un joven lozano, cree ver una salida a su pesadilla. Un par de noches más tarde vuelve sola al local, se sienta en la misma mesa que lo había hecho tiempo atrás y espera paciente a que aquel atractivo camarero le atienda, con un poco de suerte tendrá la misma mesa asignada.

Cuando le sirve la segunda copa, justo antes de dejarla en la mesa, busca disimuladamente rozar la mano del joven Tom que recibe la caricia con un escalofrío, se miran a los ojos y suavemente Elisabeth le susurra una dirección y termina la frase con un al salir de trabajar que hace que los nervios afloran en el pulso de Tom, hasta el punto de casi derramar la copa sobre el bonito vestido que ella lleva puesto para la ocasión.

Así comienza una relación furtiva, secreta, apasionada y nace también un plan, elaborado lentamente por ambos, para librarse de aquel monstruo borracho que, a su parecer, merece morir y pudrirse en el fondo del río Tamesís.

La idea es sencilla, la ejecución puede incluso que lo sea más, no tendrán que hacer nada que aquel tipo no haga, solo facilitarle que beba y él lo

hará encantado. Cuando llegue al punto de embriaguez necesario no podrá tenerse en pie, no podrá defenderse, no podrá escapar... Elisabeth beberá con él, aunque no ha su ritmo, y creará estar disfrutando de una noche que acabará como de costumbre, con una paliza para satisfacer su deseo salvaje.

Jhon aguanta bastante, y por algún motivo hoy parece que las copas de whisky no hacen mella en él, sin embargo Elisabeth empieza a flojear, todo le da vueltas en torno a su cabeza y empieza estar confundida. Oye risas, conversaciones cruzadas, ve un gentío a su alrededor pero no está segura de si lo está viendo o lo imagina. No tiene nada claro.

Se deja llevar por la orilla derecha del Tamesis, oye el paso de algún vehículo que toca la bocina al llegar a su altura. Toman asiento en un banco de piedra, la helor que ésta desprende le atraviesa el vestido llegando a su trasero. Mira a la derecha y ahí está Tom, que le sonríe cariñosamente, le sostiene el brazo suavemente -¿Somos libres cariño?- le pregunta con la boca pastosa, con un sabor amargo que le produce náuseas -Serás libre- le contesta su amante sonriendo.

Se ponen de pie, caminan erráticos hacia el borde del puente de Westminster, siente como Tom le agarra fuertemente del brazo derecho pero siente una presión similar en el brazo izquierdo, quizás incluso más potente, hasta el punto de sentir dolor. Gira hacia ese lado su cabeza de forma dubitativa, ve una mano, ve una alianza, levanta la vista hacia ese hombre que expide un olor familiar, ve los ojos brillosos y endiablados de aquel monstruo que le ha vuelto a engañar, a hacer daño, lo ve sonreír y buscar la mirada del que creía ser su salvación por encima de su hombro. Se paran junto al murete que separa el firme del vacío.

La caída dura unos 15 segundos, llegar al fondo del río con ese peso atado al pie un minuto, el aire le dura a penas un poco más, lo justo para intentar desatarse de aquel lastre. No lo consigue.

Ambos hombres esperan pacientes hasta asegurarse que no saldrá con vida, se encienden un cigarrillo y comparten tragos de una petaca. Rien. Marchan tranquilos camino del club a escuchar un poco de música en directo, charlan animados. Aquí no ha pasado nada.

Sacas el folio de la máquina, relees lo escrito con actitud inquisitoria, prendes un cigarrillo más, que te fumarás disfrutando de la lectura.

Haces una bola de papel y tiras el manuscrito a la basura.

Maldita mierda, rumias agotado, y vuelves a empezar de nuevo.

